

¿Dónde Estamos?

Recientemente, la humanidad vivió virajes radicales en su historia en el espacio de una generación, transformaciones que, en otros períodos, llevaban décadas o hasta siglos para acontecer. Quien nació en la segunda mitad del siglo XX pudo convivir con el ciclo de mayor expansión del capitalismo en su historia, simultáneamente con la construcción del sólido bloque occidental alrededor de la hegemonía norteamericana, teniendo frente de sí, por primera vez en la historia, un bloque de países que reivindicaban el socialismo. La cronología de revoluciones no dejaba de extenderse: la de 1949 en China, la de 1959 en Cuba y la de 1979 en Nicaragua se sumaban a la victoria definitiva de Vietnam, la liberación de las colonias portuguesas en África y a movimientos democráticos y antiimperialistas como los de Irán y Granada, proyectando un fortalecimiento cada vez mayor de las tendencias anticapitalistas.

Un cuadro *sui generis* de la bipolaridad mundial era simultáneo a otro nuevo fenómeno: la industrialización y urbanización aceleradas de países de la periferia capitalista, rompiendo con la división del trabajo entre el centro y la periferia de ese sistema, coincidiendo con economías industrializadas y agrarias o mineras y con sociedades urbanizadas y rurales. La crisis capitalista de 1973 apenas venía a confirmar las limitaciones de una economía que parecía consumirse en su capacidad de crecimiento, concomitantemente a la derrota norteamericana en Indochina, la victoria del movimiento de los derechos civiles y contra la guerra dentro mismo de los Estados Unidos, y la crisis del sistema político del país con el escándalo de Watergate y la renuncia de Richard Nixon.

Aquel cuadro parecía preanunciar un viraje para la hegemonía del bloque anticapitalista al punto de, como afirma Giovanni Arrighi, en relación a la crisis económica del capitalismo de los años 1970, "la cuestión más pertinente parece no ser si él sobrevivirá, sino a través de qué combinación de reformas y revoluciones irá a morir"²⁹.

Esta evaluación se situaba en la larga tradición de las tendencias predominantes en el marxismo, que se desdoblaba en dos patrones de análisis complementarios. Uno se apoyaba en una supuesta evolución histórica de los modos de producción, que llevó -según el análisis del Manifiesto Comunista- al capitalismo y de allí al socialismo y al comunismo. Otro, en una absolutización de los factores económicos en la evolución histórica.

En la confluencia de los dos estaba la continuidad de la interpretación heredada del "Imperialismo" de Lenin -independientemente de cual era el significado de la "etapa superior"- y la focalización de la "crisis general" -como sería la categoría utilizada por la Internacional Comunista- en el proceso de acumulación de capital. El marxismo no había encarado, a escala histórica, grandes procesos de "regresión" que atentasen contra la tentación evolucionista. Períodos contrarrevolucionarios -como aquel que siguió a la derrota de los jacobinos en la revolución francesa- fueron encarados como tales -como paréntesis que no negarían la tendencia general evolutiva de la historia. Las tendencias contrarias continuaron siendo consideradas como contratendencias.

El movimiento obrero internacional vivió algunos virajes en la correlación de fuerzas a lo largo del siglo XX -cuando se había constituido como fuerza mundial- y tuvo, frente a todos ellos, dificultades en la manera de enfocarlos. El primero fue la actitud frente a la deflagración de la Primera Guerra Mundial, en 1914; el segundo, el triunfo de la ola contrarrevolucionaria en los años treinta, antes del tercero de ellos, el fin del llamado "campo socialista". Estos tres momentos fueron tests significativos de la capacidad de análisis de virajes negativos en la correlación de fuerzas, y pueden permitir comprender con que instrumentos la teoría anticapitalista encararía sus reveses y las transformaciones negativas que de allí derivaron.

Sin embargo, aquel cuadro no sólo no evolucionó en la dirección esperada, sino que cambió radicalmente, de forma todavía más sorprendente, en pocos años, incluyendo el fenómeno inédito de la autodisolución de una superpotencia como la Unión Soviética.

Transformaciones de esa dimensión en la relación de fuerzas suponen un gran desafío para la capacidad de comprenderlas. Más aún porque éstas implican transformaciones profundas en

las condiciones cotidianas de vida de la gran mayoría de la humanidad, en los planos económico, social, político y cultural.

En septiembre de 1994 organizamos un seminario con el nombre “Pós- neoliberalismo”, con la esperanza de que Brasil pudiera ser eximido de esa experiencia que ya devastaba varios países, puesto que Lula era el candidato favorito a las elecciones presidenciales, después que el primer proyecto neoliberal -el de Fernando Collor- había sido interrumpido. Cuando el seminario se realizó, el nuevo cuadro político estaba ya configurado: el entonces ministro de Hacienda, Fernando Henrique Cardoso, había comandado la nueva versión del proyecto -ahora con la tónica centrada en el ajuste fiscal y en la lucha antiinflacionaria-, había organizado un nuevo bloque de fuerzas y se proyectaba como el favorito.

El seminario dio origen a un libro de amplia difusión -*Pós-neoliberalismo*³⁰- y tuvo en su centro, de forma especial, la presentación de un texto de Perry Anderson que se tornaría la mejor y más conocida caracterización del neoliberalismo y de evaluación de la correlación de fuerzas que su hegemonía imponía. Fue un duro golpe para quienes esperábamos un aliento en el combate al neoliberalismo, pero tuvimos que confrontarnos con la lógica implacable de un raciocinio que nos revelaba de forma cruda e incuestionable la real relación de fuerzas del nuevo período histórico. Anderson llamaba la atención respecto de la “vitalidad impresionante” del nuevo modelo hegemónico y advertía: “Su dinamismo no está todavía agotado”.

Su análisis se inserta en la división de que el peso determinante en la correlación de fuerzas mundial, tal cual extraído del pensamiento de Marx, estaría en el centro del capitalismo. De hecho, cualquier análisis sobre los destinos del socialismo y del capitalismo en el siglo XX tiene que volver su mirada menos hacia la periferia de sistema -Moscú, Pekín, La Habana o Hanoi, que terminaron siendo los epicentros del socialismo tal cual el existió en este siglo- y más hacia Nueva York, Londres, Tokio, Berlín, donde la izquierda anticapitalista nunca tuvo fuerza expresiva.

Lo que triunfó, en última instancia, por medio de varias mediaciones, fue el desarrollo superior de las fuerzas productivas de las potencias capitalistas en relación al entonces llamado “campo socialista” y a la Unión Soviética en particular. Fue, en última instancia, lo que un autor llamó “la venganza de Marx”³¹, una “venganza” de la propia realidad contra los “desvíos” de la historia, que llevaron a que las primeras rupturas con la cátedra imperialista se diesen en su periferia -de la Unión Soviética para China-, mientras, a pesar de su crecimiento económico, la Unión Soviética perdió, a lo largo de las décadas en las que existió, la competencia económica con las potencias capitalistas occidentales, tanto con las europeas cuanto con Estados Unidos y Japón.

Meghnad Desai intenta retomar la lógica de *El capital* y constata que, con el fin de la Unión Soviética, es como si el mundo hubiese retornado a la situación pre-1917. Sin embargo, coherente con la visión de Marx, sabe que la historia no se desarrolla bajo la forma de círculos, sino en espiral. Desai constata que, en el pasaje anterior de milenio, Europa estaba en las tinieblas de la Edad Media, mientras la fuerza dinámica residía en el poder expansionista del islamismo. China era el país tecnológicamente más avanzado y tal vez el más próspero del mundo.

Fue en la segunda mitad del milenio pasado que se alteró profundamente la balanza entre Europa y lo que el eurocentrismo que llegaba llama “el resto del mundo”. Fueron las innovaciones en la guerra y en la navegación las que posibilitaron la expansión de Occidente, lo que permitió, entre otras cosas, la transferencia de riqueza de las colonias para las metrópolis. “Dios y las armas fueron utilizados para conseguir oro”³². Lo que permitió la hegemonía occidental fue la superioridad tecnológica, incluso en el plano militar.

Tal como el *Manifiesto Comunista*, Desai reconoce cómo, por no ser un sistema benévolo, el capitalismo creó mecanismos dinámicos de acumulación de capital, basados en la búsqueda ilimitada de la maximización de los lucros produciendo riqueza y miseria al mismo tiempo. Tendría, en los dos últimos siglos, las más amplias conquistas de bienestar, comparadas con las de los milenios anteriores. Desai destaca, entre ellas, que muchas más personas están vivas ahora que en 1800 (más o menos seis veces más), viviendo más tiempo, en promedio diez o veinte años más. Un billón de personas vivían en promedio cuarenta años en 1800, mientras hoy seis billones viven en promedio sesenta años -eso sería una muestra del éxito del capitalismo. Más personas habrían salido de la pobreza en los últimos doscientos años, especialmente desde 1945, que nunca antes en la historia.

Sin embargo, el triunfo del bloque capitalista sobre el socialista se fundaría esencialmente en su avance material. La forma asumida por la crisis de los países del Este europeo confirma esto: no fue tanto la democracia liberal que condujo a aquellos países a optar por el retorno al capitalismo, sino sobre todo las atracciones ofrecidas por el consumo de las economías de mercado. Gobernantes autocráticos como Walesa, Yeltsin y Putin ejemplificarían cómo la demanda económica fue más fuerte que la democracia política. La victoria del bloque occidental sobre el campo socialista representaría la venganza de Marx sobre los desvíos de la historia en relación a sus propuestas de que el socialismo tendría en el centro del capitalismo su campo apropiado para la realización, como modelo de sociedad que incorporaría los avances del capitalismo y lo negaría como sistema, construyendo un tipo antagónico de sociedad. Un desvío que, para Lenin, sería temporario: la revolución habría comenzado por su eslabón más flaco, Rusia, pero tendría que ser rescatada por la revolución en la Europa avanzada, para que ese desvío fuese temporario, y no se transformase en una opción estratégica, lo que la haría chocarse con las condiciones objetivas, que acabaron siendo determinantes en el fracaso de la experiencia soviética.

Uno de los factores determinantes del viraje histórico de las dos últimas décadas del siglo XX, que abrió el nuevo período y la nueva correlación de fuerzas mundial, fue la desaparición del llamado “campo socialista” y, en particular, de la Unión Soviética, como primera existencia histórica de un Estado que reivindicó el socialismo y se colocó como fuerza antagónica al capitalismo, en una polarización inédita en la historia de la humanidad. Este fenómeno representó una derrota de las fuerzas anticapitalistas en diversos sentidos:

- en la constitución de un Estado y de un modelo de sociedad no democráticos y de una economía más atrasada que la de las sociedades capitalistas desarrolladas;
- en su auto-extinción y la desaparición de la Unión Soviética;
- en el fin de la bipolaridad mundial, que contrabalanceaba el poderío norteamericano y posibilitaba la existencia de espacios de lucha para países de la periferia capitalista.

Este nuevo escenario mundial aparece como un retorno pre-1917. Aquél año marcaba, en la visión de Lukács, el surgimiento de una era marcada por la “actualidad de la revolución”. El socialismo dejaba de estar apenas inscripto en las luchas de clase inherentes al capitalismo para tener existencia histórica concreta en un primer Estado obrero y, al mismo tiempo, pasaría en adelante a orientar concretamente los horizontes de la lucha histórica. Todas esas luchas se inscribirían en la contradicción capitalismo-socialismo, que comenzaría a orientar el horizonte histórico.

Este horizonte permitió comprender gran parte de los embates políticos y teóricos del siglo, a partir de 1917. Los partidos socialdemócratas y comunistas personificaban, de diferentes maneras, estrategias de superación del capitalismo en Europa, mientras las luchas en la periferia del sistema articulaban las reivindicaciones de liberación nacional con proyectos de ruptura con el sistema imperialista vigente. Fue en ese marco que surgió y se expandió hasta un límite significativo el entonces llamado “campo socialista”. Éste consistiría en el espacio de ruptura con el capitalismo, esbozando la futura comunidad de países integrados en el marco de un socialismo internacional.

Dicho horizonte norteó las luchas políticas internacionales a partir de la victoria bolchevique, de forma más abierta con el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando tanto en uno como en otro campo de la Guerra Fría el enfrentamiento entre los dos bloques los orientaba estratégicamente. Los dos bloques -el capitalista y el socialista- razonaban en la perspectiva de la derrota y desaparición del otro. El capitalista caracterizaba el enfrentamiento como un conflicto entre “democracia y totalitarismo”. El socialista, como entre “capitalismo y socialismo”.

La visión socialista -en su versión soviética- se apoyaba en una interpretación economicista y evolucionista del marxismo, que preveía el determinismo histórico de la sustitución de un modo de producción por otro. Una lectura de ese tipo de la evolución histórica permitiría apostar en los factores “objetivos” -el desarrollo de las fuerzas productivas- como el acelerador de las transformaciones históricas y como el campo de enfrentamiento en el que el socialismo llevaría ventajas, de allí su opción como campo preferencial de los enfrentamientos. Cuando Nikita Kruschev se atrevió a anunciar, a inicios de los años sesenta, que en diez años el socialismo superaría al capitalismo, se refería a una ventaja económica, a una superación en

los índices de desarrollo, reactualizando el economicismo que prevaleció en el tiempo de Stalin.

Lo paradójico de esa visión residía precisamente en el hecho de que el campo socialista se organizaba en la periferia del sistema, teniendo por tanto un desfase en el desarrollo económico. Desde la derrota de la revolución alemana, entre el final de la segunda y el comienzo de la tercera década del siglo XX, quedó bloqueado el camino de expansión de la revolución en la dirección de Occidente, o sea, del capitalismo desarrollado. Esta trayectoria retrocedió en la dirección de Oriente. Mientras ganaba en extensión, de Rusia hacia China, perdía en nivel de desarrollo económico. Incorporaba grandes masas de la población, pero con ellas heredaba el atraso del desarrollo capitalista en esos países. No por casualidad, el éxito económico inmediato de los nuevos regímenes se daba justamente en el desarrollo extensivo, con bajo desarrollo tecnológico, pero atendiendo a demandas elementales de la población. Cuando ese proceso se agotó, los desfases con relación al desarrollo tecnológico del capitalismo se hicieron sentir con toda su fuerza sobre la competencia entre los dos sistemas, y las desventajas pesaron decisivamente contra el socialismo.

En este sentido, la decisión de la Unión Soviética de importar la fábrica de automóviles Fiat estaba repleta de significados. En primer lugar, significaba el abandono por parte del primer Estado socialista de la tarea de recuperar el atraso tecnológico que había heredado, apelando a la importación de la tecnología más desarrollada de las potencias capitalistas, justamente con la importación de la mercancía-llave -tanto en el plano económico como en el simbólico- del capitalismo, en su versión norteamericana. Ni la elección de una fábrica italiana, en vez de norteamericana, ni la denominación de la ciudad de implantación -Togliattigrado, para homenajear al secretario general del Partido Comunista italiano- pudieron disfrazar el fracaso soviético en la carrera tecnológica.

Había sin embargo otro significado, que no era de menor alcance, en aquella opción: se importaban, con el automóvil, el estilo de vida, las ambiciones y, en una sociedad todavía marcada por profundas carencias, los privilegios, porque la fabricación no se centró en la producción de ómnibus y camiones, sino en la de automóviles. Era como si, después de haber pasado por la etapa de industrialización de base, en el pasaje para atender el consumo sofisticado, la Unión Soviética escogiese un tipo de sociedad. Las palabras de Krushev ayudaban a descifrar que la competición se daría en el campo económico, en el que se prometía la abundancia del consumo occidental con los derechos sociales universalizados, ausentes en las sociedades capitalistas. Aunque esta opción pudiese ser leída en los planes de industrialización acelerada de los años treinta, fue en ese momento de abierta polarización y competición con el bloque capitalista que ella se tornó explícita y fue asumida conscientemente por el campo socialista. La incorporación de países del Este europeo al campo fortalecía esa alternativa, especialmente aquellos de mayor desarrollo relativo como Alemania Oriental, Checoslovaquia, Polonia y Hungría.

Todo esto se daba en el mismo momento en que, a pesar del equilibrio nuclear y de las conquistas de la Unión Soviética en el campo aeroespacial, la delantera tecnológica del campo capitalista se ampliaba, con la consolidación de las economías alemana y japonesa, reconstruidas en la segunda posguerra, de acuerdo a condiciones tecnológicas modernas y disputando con los propios Estados Unidos la ventaja en varios ramos de vanguardia. La propia idea de dos mercados, uno capitalista y otro socialista, orientado aquél por el valor de cambio y éste por el valor de uso, representaba cada vez menos una realidad.

La Unión Soviética, además de los déficits estructurales en granos -herencia nunca superada de la solución violenta de la cuestión agraria a finales de los años veinte por Stalin, pasaba a depender cada vez más de la tecnología occidental como atestiguaba el caso de la Fiat, así como de sus financiaciones, y también cada vez más de importaciones de cereales. Cuando el gobierno Reagan retomó la espiral militarista, que llevó a un nuevo ciclo de inversiones, la Unión Soviética fue obligada a gastos que su economía estancada no soportaba. Resulta preciso recordar cómo las inversiones militares son funcionales a las economías capitalistas, para las cuales actúan como formas de keynesianismos militares, mientras para las economías centralmente planificadas esas inversiones tienen apenas el papel de expresar la fuerza política y militar de los regímenes, desviando, sin embargo, recursos que deberían ir a otros sectores de la economía. Cuando se produjo en los Estados Unidos la incorporación de la informática a la industria bélica y a tantos otros sectores de la economía, la competición estaba decidida a favor de ésta y contra la Unión Soviética. Situación

más grave todavía, porque la propia Unión Soviética optó por competir en el plano económico, en el mayor desarrollo de las fuerzas productivas, y no en la calidad diferente de su sociedad. Las tentativas de Gorbachev de reformar la Unión Soviética, en los planos económico y político al mismo tiempo, llegaron tarde, cuando el destino de tal tipo de régimen ya estaba condenado.

La desaparición de la Unión Soviética y del campo socialista representó así, en primer lugar, la desaparición del socialismo como alternativa al capitalismo. Los países sobrevivientes, que continuaron reivindicando el socialismo, tuvieron su situación notoriamente alterada. Cuba pasó a una posición defensiva, reivindicando la supervivencia de su régimen mediante algunos tipos de concesiones y de flexibilización internas, consciente de que el entorno internacional no favorece el avance en la construcción del socialismo. Mientras tanto China acentuó su opción por una economía de mercado, combinada con centralización política y una integración en el mercado internacional.

El período pasó a ser caracterizado por la hegemonía norteamericana, asentada en la tríada “libre comercio”, “elecciones libres” y “derechos humanos”, y por la recuperación del término “capitalismo”³³. El triunfo de la “democracia” sobre el “totalitarismo” parece haber liberado el campo para el discurso del mercado capitalista.

Fuerza y debilidad de la hegemonía imperial

Una de las características diferenciadoras del período histórico actual es la extraña combinación entre la indiscutible hegemonía de la mayor potencia capitalista -Estados Unidos- y su incapacidad de imprimir una dinámica de crecimiento y de estabilización política mundial. El largo ciclo expansivo de la segunda posguerra, que se extendió hasta mediados de los años setenta, combinó la hegemonía norteamericana en el bloque capitalista y el mayor ciclo de expansión económica del capitalismo en su historia. Aunque amenazado por otra superpotencia, Estados Unidos comandaba el crecimiento continuo de la economía de los principales sectores del bloque capitalista: tanto la tríada de las potencias centrales (Estados Unidos, Japón, Alemania), como los países de la periferia (Brasil, México, Sudáfrica, India, Corea del Sur). Al mismo tiempo, la bipolaridad imponía un cierto equilibrio, del cual derivaba una estabilidad política en la mayor parte del mundo.

En este período, a pesar del corto ciclo expansivo de la economía norteamericana durante los años noventa, ninguno de los otros sectores motores de la economía mundial pudo acompañarlo, con Japón envuelto en una profunda y prolongada recesión y Europa occidental manteniendo niveles de crecimiento mediocres. La expansión de las economías del Sudeste asiático y de la India no bastó para compensar, y apenas China asumió un ritmo inédito de crecimiento. Aún así, los índices de expansión de la economía norteamericana estuvieron siempre muy por debajo de aquellos alcanzados en el período de crecimiento anterior.

El ciclo expansivo de la economía norteamericana debe ser entendido en sus fundamentos, tanto para comprender la naturaleza y la profundidad de la recesión actual como para caracterizar el período por el cual atraviesa el capitalismo internacional. Dos décadas de profunda estagnación internacional -desde la “crisis del petróleo”, que encerró el ciclo expansivo largo más importante de la historia del capitalismo, iniciado a finales de la Segunda Guerra- fueron sucedidas por siete años de rápido crecimiento del PIB, de la inversión, de la productividad e incluso de los salarios reales, reduciéndose el desempleo y la inflación a niveles próximos a los del *boom* del ciclo expansivo anterior³⁴. Aún con las exageraciones tan a gusto de la prensa económica, el desempeño de la economía norteamericana fue superior al de todos los otros momentos desde la década de 1970, aunque siempre inferior al cuarto de siglo anterior a ese momento.

Sin embargo, de forma paralela, se generó la mayor burbuja especulativa de la historia de los Estados Unidos, factor inherente y diferenciador de este ciclo, que finalmente sería decisivo en su agotamiento y en la recesión actual. “El valor de las acciones estalló, sin guardar cualquier relación con los lucros corporativos subyacentes”³⁵. El endeudamiento de las familias, del sector corporativo y financiero, incentivado por la lucratividad de sus papeles en las bolsas, aumentó en proporciones sin precedentes históricos. “La burbuja pudo, de tal forma, alimentarse y, por lo tanto, sustentar y acelerar el *boom* de la economía”³⁶.

La enorme y creciente disparidad entre el alza de los precios de las acciones y el acelerado crecimiento de las inversiones traían en su núcleo una formidable crisis de superproducción, que acabaría saliendo a la superficie en el pasaje de siglo. Gracias a financiaciones a costo prácticamente cero, las corporaciones sacaron ventaja de la desregulación financiera y de la flexibilización de los créditos para inundar el mercado de alta tecnología, sin importar la demanda y las tasas de lucro. Con mercados de productos financieros sin regulación, hubo una acumulación de capital fijo invertido tal que sólo podría darse una acumulación formidable de estoques, que Robert Brenner compara a aquella de equipos para ferrocarriles, alimentada por una burbuja durante el siglo XIX. “El lucro se volvió imposible”, concluye.

Impulsadas por la burbuja en el mercado de acciones norteamericana, la crisis y la recesión, iniciadas, como era de esperarse, por las empresas de Internet y seguidas por las de equipos para telecomunicaciones, se extendió al mundo entero, siendo su motor la burbuja del mercado norteamericano.

La enorme elevación de la superexplotación de los trabajadores -tanto norteamericanos como inmigrantes, combinada con una gran renovación tecnológica en la cual la informática jugó un papel esencial, fueron los motores principales de ese ciclo expansivo³⁷. Durante los cinco mandatos seguidos, completando dos décadas (los gobiernos Reagan, el gobierno de Bush padre, los gobiernos Clinton), los trabajadores perdieron derechos, en gran medida por la generalización de la llamada “flexibilización laboral”, eufemismo que camuflaba la superexplotación, acelerando la rotatividad de mano de obra en un país que ya contaba con poca protección social para la fuerza de trabajo. Esta fragilidad fue todavía más intensificada por el creciente ingreso de la fuerza de trabajo inmigrante -de la mexicana a la asiática, entre tantas otras procedencias-, que en general es contratada sin autorización para trabajar, siendo por lo tanto aún más vulnerable a la superexplotación, por no poder sindicalizarse y tener que convivir siempre con el riesgo de la expulsión. Esta inmigración, que se convirtió en la generadora del mayor ingreso de divisas para la gran mayoría de los países de América Central y del Caribe, contribuyó al mismo tiempo para rebajar la capacidad de negociación de una clase trabajadora ya debilitada desde los grandes combates en que fuera derrotada durante los gobiernos Reagan.

La rotatividad en el empleo, presionada a su vez por la oferta de mano de obra sin protección social, hizo que los trabajadores perdiesen cerca del 14% cada vez que cambiaban de puesto de trabajo, pérdida que trataban de compensar con la extensión de la jornada, sumando otro trabajo -vigilante por la noche, entregador de pizza los fines de semana, etc. Como resultado, los Estados Unidos pasaron a ser el país con la jornada de trabajo más larga del mundo (55 horas), superando el tradicional record japonés, en la acumulación de trabajos. Desmintiendo gurus como Jeremy Rifkin, entre otros, que anunciaban “el fin del trabajo”, los norteamericanos trabajan mucho más que antes del inicio del ciclo expansivo de los años noventa. El país que más creó empleos en ese período y más se desarrolló tecnológicamente es aquél en que cada persona trabaja más, con jornadas más largas y menos tiempo libre.

Simultáneamente, en la medida que el Estado fue restringiendo los derechos que el Estado rooseveltiano aseguraba, la masa de la población buscó garantizar sus derechos en las bolsas, incentivada por las campañas a favor de los fondos de pensión privados y por la propaganda gubernamental y de la prensa de que la expansión de las acciones sería ilimitada. Con la retirada del Estado, las bolsas pasaron a tener una centralidad en la economía de Estados Unidos como nunca detentaron anteriormente. El 60% de las familias norteamericanas pasaron a tener, en el 2000, sus ahorros invertidos en las bolsas, entre acciones adquiridas directamente y también a través de los fondos de pensión -un porcentaje que once años antes era menor a un tercio. Fue una gran victoria del capitalismo norteamericano y de su ideología hacer que la gran masa de la clase media, más una fracción de los trabajadores, pasasen a tener sus destinos y el destino de sus familias bajo la dependencia de las bolsas de valores y, por lo tanto, del capital financiero.

Las bolsas pasaron así a tener un papel político sustitutivo del Estado, lo que obliga al gobierno y al banco central norteamericanos a ocuparse de ella y, de alguna forma, dar su garantía a movimientos sobre los cuales no tienen control alguno. Los fondos de pensión invertidos en la bolsa fueron rápidamente sustituyendo la seguridad social pública para garantizar el nivel de vida de los trabajadores en su vejez. Las acciones preferenciales fueron tomando el lugar de los sindicatos para promover aumentos redistributivos y tutelar el poder de compra de sus compradores. Las economías invertidas en las bolsas permitieron a muchas

familias norteamericanas pagar escuelas y universidades muy caras. Una propaganda de la Meryl Lynch -el mayor gestor norteamericano de fondos de inversión- se dirigía a las familias, incitándolas a “tomar el futuro en sus propias manos”, comprando sus acciones, para poder “comprar casa, mandar los hijos a la escuela y gozar de una pensión decorosa” -todas funciones hasta poco tiempo atrás asumidas por el Estado y por los sindicatos.

Esta operación política neoliberal de transferencia de los derechos garantizados por el Estado a inversiones en la bolsa se inició con Ronald Reagan y se completó con Bill Clinton: usar las bolsas para construir un consenso político fundado en la venta en masa de acciones. Fue por eso que la “tercera vía” de Clinton fue saludada por el columnista del *New York Times*, Thomas Friedman, como la ideología adecuada de la globalización (neoliberal). El mercado, en el lugar del Estado, se transformaría en el espacio de construcción del consenso social.

Una idea aproximada de cómo la baja de las acciones pasó a afectar el nivel de vida de los norteamericanos está en el dato de que, cuando la crisis aún no se declaraba abiertamente, en el 2000, las familias con inversiones en las bolsas quedaron más pobres, por primera vez en cincuenta y cinco años, esto es, desde que existen estadísticas al respecto. Desde entonces la caída se acentuó.

Esta caída es todavía más grave porque el ciclo expansivo de los años noventa tuvo en el consumo de las familias su mayor palanca, y éstas, ahora más endeudadas que nunca, se convirtieron de ser el incentivo en el freno de la demanda. Dejándose llevar por el mito de que la economía norteamericana ingresaba en un nuevo nivel histórico, bautizado “nueva economía”, los norteamericanos fueron llevados a extender indefinidamente su consumo. “El ciclo económico -una creación de la era industrial- podría estar volviéndose un anacronismo”, se leía en el *Wall Street Journal* en la última editorial de 1999, poco tiempo antes de explotar el mito de que la economía de Estados Unidos habría entrado en una fase posindustrial, de servicios, en que la informática la dejaría inmune a las crisis. Esto se daría porque la informática posibilitaría detectar preventivamente los cuellos de eventuales crisis, permitiendo superarlos antes que estallasen. Y, por otro lado, la demanda dada por la generalización del uso de la informática sería casi indefinida, llevando la expansión de la producción a niveles análogos a los de la industria automovilística a lo largo del siglo XX, imitando incluso la moda de ésta de producir una nueva generación de vehículos cada año.

Hubo un error grave en confundir los efectos de la difusión de la Internet, que deben continuar extendiéndose y transformando las formas de vivir y de trabajar, con la explosión de las bolsas de valores. Fue con recursos obtenidos fácilmente en un cierto momento en las bolsas que se multiplicaron empresas de informática y otras se expandieron rápidamente. Pero conforme esa euforia fue disminuyendo y los accionistas fueron exigiendo retorno, se marchitó rápidamente la fuente fácil de financiaciones. La Cisco se convirtió en la mayor empresa mundial de producción de sistemas de fibra óptica, y sus acciones, que en el 2000 eran las más valorizadas del mundo, habían perdido, a comienzos del 2001, dos tercios de su valor.

Por otro lado, la recesión motivó que las empresas disminuyeran velozmente la demanda de nuevas generaciones de computadoras, decepcionando la expectativa de que tal proceso sería prácticamente inagotable. Basta que las empresas renueven su computadoras cada tres y no cada dos años, para que la demanda caiga en un tercio. En los años veinte la industria automovilística también generó este tipo de ilusiones: el triunfo de la gran industria fordista y taylorista pretendía tornar mucho más previsible la marcha de la producción y del consumo con relación al pasado. Las búsquedas aceleradas de nuevas tecnologías, en aquel momento y mucho más en los ciclos expansivos recientes, producen un gran aumento de los gastos, que, cuando se llega a la recesión, pesan duramente en el endeudamiento de las empresas.

De allí, como preveía el marxista belga Ernest Mandel, la sucesión de ciclos de expansión más largos -como el de los años noventa en Estados Unidos- seguidos de recesiones más intensas y más duras. Se compara la “vieja economía” con un automóvil y la “nueva” con un avión, en el sentido de que aquélla puede frenar hasta parar, mientras ésta, con una velocidad mucho mayor, acelera de golpe y se detiene con grandes sobresaltos, como acontece en el despegue de un avión. La “nueva economía” tiene necesidad de crecimiento rápido para que la inversión de alto riesgo en tecnología sea compensada. El apelo a la inversión en alta tecnología lleva al mecanismo clásico del capitalismo -en la vieja o en la “nueva economía”: la superproducción. Excesiva tecnología, desarrollando excesivamente las fuerzas productivas en

relación a la histórica lentitud del capitalismo en distribuir renta y, así, generar demanda correspondiente a su reconocida capacidad de expansión de la producción.

El ciclo de rápido crecimiento económico de los años noventa en los Estados Unidos ocasionó el aumento de la productividad del trabajo y de las remuneraciones, reduciendo el desempleo y la inflación, con las inversiones subiendo significativamente. Sin embargo, este ciclo fue apoyado en una enorme burbuja especulativa, con gran aumento del endeudamiento familiar, de las empresas y del Estado norteamericano, que financiaron la expansión del consumo privado. Ese endeudamiento fue cubierto con la compra de papeles de la deuda norteamericana por parte de capitales externos, lo que engendró una inédita fragilidad en la economía de este país.

Cuando terminó el ciclo expansivo -que era juzgado interminable- y el capitalismo retomó sus oscilaciones cíclicas, con una típica crisis de superproducción, los Estados Unidos sufrían los atentados del 11 de septiembre de 2001. La confluencia de ambos provocó el cambio de línea y de discurso del gobierno norteamericano. El período político mundial había mudado con el fin de la Unión Soviética y, con él, el de la bipolaridad mundial; los atentados del 11 de septiembre también mudaron el panorama mundial por su carácter traumático, pero principalmente por la reacción norteamericana.

Ésta fue inicialmente de carácter político-militar, cuando se produjo el ataque a Afganistán y se decretó la “guerra infinita” a aquellos que pasaron a ser denominados componentes del “eje del mal”, promotores del “terror”, según la versión del gobierno Bush. Posteriormente, la nueva política de Estados Unidos asumió una nueva doctrina que, con la segunda guerra de Irak, convirtió el “conflicto de civilizaciones” en su ideología oficial. En el caso de concretarse, bajo la forma de ocupación de Irak u otra forma cualquiera de tutela política y militar, representará un período nuevo en la historia de la humanidad, en el que el capitalismo occidental, representado por su país líder, cualquiera que sea el apoyo del que disponga, deflagrará una guerra colonial, desatada por un nuevo poder imperial, que tiene como objetivo la generalización -tomando la fuerza militar como piedra angular- del conflicto entre la civilización occidental y las sociedades árabes.

Notas

29 Giovanni Arrighi, *O longo século XX*, Rio de Janeiro, Contraponto/Unesp, 1994.

30 Emir Sader e Pablo Gentili (orgs.), *São Paulo*, Paz e Terra, 1995.

31 Meghnad Desai, *Marx's Revenge - The Resurgence of Capitalism and the Death of State Socialism*, Londres, Verso, 2002.

32 Idem, *ibidem*.

33 Perry Anderson, “Force and Consent”, art. cit.

34 Ver Robert Brenner, *O boom e a bolha: os Estados Unidos na economia mundial*, Rio de Janeiro, Record, 2003.

35 Cf. Idem, *ibidem*, p. 38.

36 Idem, *ibidem*.

37 Ver Ruy Mauro Marini, en Emir Sader (org.), *Dialética da dependência*, Petrópolis, Voces, 2000.